

1692
Salem Village

Las brujas de Salem

–¡Cristo sabe cuántos demonios hay aquí! –ruge el reverendo Samuel Parris, pastor de la villa de Salem, y habla de Judas, el demonio sentado a la mesa del Señor, que se vendió por treinta dineros, 3,15 en libras inglesas, irrisorio precio de una esclava.

En la guerra de los corderos contra los dragones, clama el pastor, no hay neutralidad posible ni refugio seguro. Los demonios se han metido en su propia casa: una hija y una sobrina del reverendo Parris han sido las primeras atormentadas por el ejército de diablos que ha tomado por asalto esta puritana villa. Las niñas acariciaron una bola de cristal, queriendo ver la suerte, y vieron la muerte. Desde que eso ocurrió, son muchas las jovencitas de Salem que sienten el infierno en el cuerpo: la maligna fiebre las quema por dentro y se revuelcan y se retuercen, ruedan por tierra echando espuma y chillando blasfemias y obscenidades que el Diablo les dicta.

El médico, William Griggs, diagnostica maleficio. Ofrecen a un perro una torta de harina de centeno mezclada con orina de las poseídas, pero el perro se sirve, menea el rabo, agradecido, y se marcha a dormir en paz. El Diablo prefiere la vivienda humana.

Entre convulsión y convulsión, las víctimas acusan.

Son mujeres, y mujeres pobres, las primeras condenadas a la horca. Dos blancas y una negra: Sarah Osborne, una vieja postrada que años atrás llamó a gritos a su sirviente irlandés, que dormía en el establo, y le hizo un lugarcito en su cama; Sarah Good, una mendiga turbulenta, que fuma en pipa y responde refunfuñando a las limosnas; y Tituba, esclava negra de las Antillas, enamorada de un demonio todo peludo y de larga nariz. La hija de Sarah Good, joven bruja de cuatro años de edad, está presa en la cárcel de Boston, con grillos en los pies.

Pero no cesan los aullidos de agonía de las jovencitas de Salem, y se multiplican las acusaciones y las condenas. La cacería de brujas sube de la suburbana Salem Village al centro de Salem Town, de la villa al puerto, de los malditos a los poderosos: ni la esposa del gobernador se salva del dedo que señala culpables. Cuelgan de la horca prósperos granjeros y mercaderes, dueños de barcos que comercian con Londres, privilegiados miembros de la Iglesia que disfrutaban del derecho a la comunión.

Se anuncia una lluvia de azufre sobre Salem Town, el segundo puerto de Massachusetts, donde el Diablo, trabajador como nunca, anda prometiendo a los puritanos ciudades de oro y zapatos franceses.



1692
Guápulo

La nacionalización del arte colonial

En el santuario de Guápulo, un pueblo recostado a las espaldas de Quito, se inauguran los lienzos de Miguel de Santiago.

En homenaje a la Virgen de aquí, que es muy milagrera, Miguel de Santiago ofrece esta sierra y este llano, esta cordillera y este cielo, paisajes que no estarían del todo vivos si no los encendiera la gente que los atraviesa: gente de aquí, que anda por lugares de aquí en procesión o a solas. El artista ya no copia grabados venidos de Madrid o Roma sobre la vida de san Agustín. Ahora pinta la luminosa ciudad de Quito, rodeada de volcanes, las torres de estas iglesias, los indios de Pujilí y el cañón de Machángara, la loma de Bellavista y el valle del Guápulo; y son de aquí los soles detrás de las montañas, la humareda de fogatas de las nubes alzándose y los neblinosos ríos que cantan sin callarse nunca.

Y no es solamente Miguel de Santiago. Manos anónimas de artesanos indígenas o mestizos deslizan de contrabando llamas en lugar de camellos en los retablos de Navidad y piñas y palmeras y choclos y aguacates en los follajes de las fachadas de las iglesias; y hasta soles con vincha cerquita de los altares. Por todas partes hay Vírgenes embarazadas y Cristos que se duelen como hombres, como hombres de aquí, por la desdicha de esta tierra.

1693
Ciudad de México

Juana a los cuarenta y dos

Lágrimas de toda la vida, brotadas del tiempo y de la pena, le empapan la cara. En lo hondo, en lo triste, ve nublado el mundo: derrotada, le dice adiós.

Varios días le ha llevado la confesión de los pecados de toda su existencia ante el impasible, implacable padre Antonio Núñez de Miranda, y todo el resto será penitencia. Con tinta de su sangre escribe una carta al Tribunal Divino, pidiendo perdón.

Ya no navegarán sus velas leves y sus quillas graves por la mar de la poesía. Sor Juana Inés de la Cruz abandona los estudios humanos y renuncia a las letras. Pide a Dios que le regale olvido y elige el silencio, o lo acepta, y así pierde América a su mejor poeta.

Poco sobrevivirá el cuerpo a este suicidio del alma. Que se avergüenza la vida de durarme tanto...

1693
Santa Fe de Nuevo México

Trece años duró la independencia

Trece años han pasado desde que se enloquecieron las campanas de Santa Fe de Nuevo México celebrando la muerte del Dios de los cristianos y de María, su madre.
Trece años han demorado los españoles en reconquistar estas bravías tierras del norte. Mientras duró esa tregua de independencia, los indios recuperaron su libertad y sus nombres, su religión y sus costumbres, pero además incorporaron a sus comunidades el arado y la rueda y otros instrumentos que los españoles habían traído.
Para las tropas coloniales, no ha sido fácil la reconquista. Cada pueblo de Nuevo México es una gigantesca fortaleza cerrada a cal y canto, con anchos muros de piedra y adobe, alta de varios pisos. En el valle del río Grande viven hombres no acostumbrados a la obediencia ni al trabajo servil.

Canto a la imagen que se va de la arena, de los indios de Nuevo México

Para que yo me cure,
el hechicero pintó,
en el desierto, tu imagen:
tus ojos son de arena dorada,
de arena roja es ahora tu boca,
de arena azul son tus cabellos
y mis lágrimas son de arena blanca.
Todo el día pintó.
Crecías como diosa
sobre la inmensidad de la tela amarilla.
El viento de la noche dispersará tu sombra
y los colores de tu sombra.
Según la ley antigua, nada me quedará.
Nada, a no ser el resto de mis lágrimas,
las arenas de plata.

1694
Macacos

La última expedición contra Palmares

El cazador de indios, matador de muchas leguas de indios, nació de madre india. Habla guaraní y portugués casi nada. Domingos Jorge Velho es capitán de mamelucos de San Pablo, mestizos que han sembrado el terror en medio Brasil en nombre de los señores coloniales y para feroz exorcismo de la mitad de su sangre.

En los últimos seis años, el capitán Domingos alquiló sus servicios a la corona portuguesa contra los indios janduim, alzados en el sertón de Pernambuco y en Rio Grande do Norte. Después de larga carnicería llega a Recife, victorioso, y allí lo contratan para arrasar Palmares. Le ofrecen un buen botín en tierras y negros para vender en Río de Janeiro y Buenos Aires, y además le prometen infinitas amnistías, cuatro hábitos de órdenes religiosas y treinta grados militares para repartir entre sus hombres.

Con el catalejo en bandolera sobre el pecho desnudo, abierta la casaca grasienta, el capitán Domingos desfila a caballo por las calles de Recife, a la cabeza de sus oficiales mestizos y sus soldados indios degolladores de indios. Cabalga entre nubes de polvo y olores de pólvora y aguardiente, atravesando ovaciones y bandadas de pañuelos blancos: este mesías nos salvará de los negros alzados, cree o quiere la gente, convencida de que los cimarrones tienen la culpa de la falta de brazos en los ingenios y también tienen la culpa de las pestes y las sequías que están asolando al nordeste, porque no enviará Dios la salud ni la lluvia mientras no cese el escándalo de Palmares.

Y se organiza la gran cruzada. De todas partes acuden voluntarios, empujados por el hambre, en busca de ración segura. Se vacían las cárceles: hasta los presos se incorporan al mayor ejército hasta ahora reunido en el Brasil.

Los exploradores indios marchan adelante y los changadores negros a la retaguardia. Nueve mil hombres atraviesan la selva, llegan a la sierra y suben hacia la cumbre donde se alzan las fortificaciones de Macacos. Esta vez llevan cañones.

Varios días dura el asedio. Los cañones aniquilan la triple muralla de madera y piedra. Se pelea cuerpo a cuerpo, al borde del abismo. Son tantos los muertos que no hay dónde caer, y continúa la degollatina entre las breñas. Muchos negros intentan huir y resba-

lan al vacío por los despeñaderos; y muchos se arrojan eligiendo el precipicio.

Las llamas devoran la capital de Palmares. Desde la lejana ciudad de Porto Calvo se ven los resplandores de la gigantesca fogata, que arde durante toda la noche. Quemar hasta la memoria. Los cuernos de caza no cesan de anunciar el triunfo.

El jefe Zumbí, herido, ha conseguido escapar. Desde los altos picos llega a la selva. Deambula por los túneles verdes, en la espesura, buscando a los suyos.

Lamento del pueblo azande

El niño ha muerto;
cubrámonos las caras
con tierra blanca.
Cuatro hijos he parido
en la choza de mi esposo.
Solamente el cuarto vive.
Quisiera llorar,
pero en esta aldea
está prohibida la tristeza.

1695
Serra Dois Irmãos

Zumbí

Honduras del paisaje, hondones del alma. Fuma en pipa Zumbí, perdida la mirada en las altas piedras rojas y en las grutas abiertas como heridas, y no ve que nace el día con luz enemiga ni ve que huyen los pájaros, asustados, en bandadas.

No ve que llega el traidor. Ve que llega el compañero, António Soares, y se levanta y lo abraza. António Soares le hunde varias veces el puñal en la espalda.

Los soldados clavan la cabeza en la punta de una lanza y la llevan a Recife, para que se pudra en la plaza y aprendan los esclavos que Zumbí no era inmortal.

Ya no respira Palmares. Había durado un siglo y había resistido más de cuarenta invasiones este amplio espacio de libertad abierto en la América colonial. El viento se ha llevado las cenizas de los baluartes negros de Macacos y Subupira, Dambrabanga y Obenga, Tabocas y Arotirene. Para los vencedores, el siglo de Palmares se reduce al instante de las puñaladas que acabaron con Zumbí. Caerá la noche y nada quedará bajo las frías estrellas. Pero, ¿qué sabe la vigilia comparado con lo que sabe el sueño?

Sueñan los vencidos con Zumbí; y el sueño sabe que mientras en estas tierras un hombre sea dueño de otro hombre, su fantasma andará. Cojeando andará, porque Zumbí era rengo por culpa de una bala; andará tiempo arriba y tiempo abajo y cojeando peleará en estas selvas de palmeras y en todas las tierras del Brasil. Se llamarán Zumbí los jefes de las incesantes rebeliones negras.



1695
San Salvador de Bahía

La capital del Brasil

En esta radiante ciudad hay una iglesia para cada día del año y una fiesta para cada día. Fulgor de torres y campanas y altas palmas, fulgor de cuerpos, aires pegajosos de aceite de dendê: hoy se celebra a un santo y mañana a una amante en la Bahía de Todos los Santos y los no tan santos. San Salvador de Bahía, morada del virrey y el arzobispo, es la ciudad portuguesa más habitada después de Lisboa, y envidia Lisboa sus monasterios monumentales y sus iglesias de oro, sus mujeres incendiarias y sus fiestas y mascaradas y procesiones. Aquí andan las rameras mulatas ataviadas de reinas y los esclavos pasean en litera a sus señores por las frondosas alamedas, entre palacios dignos de la región del delirio. Gregório de Matos, nacido en Bahía, retrata así a los nobles señores de las plantaciones de azúcar:

En Brasil las hidalguías
no están en la buena sangre
ni en el buen procedimiento:
¿Dónde, pues, pueden estar?
Están en el mucho dinero...

Los esclavos negros son los cimientos de estos castillos. Desde el púlpito de la catedral, el padre António Vieira exige gratitud al reino de Angola, porque sin Angola no habría Brasil y sin Brasil no habría Portugal, pudiéndose decir, con mucha razón, que el Brasil tiene el cuerpo en América y el alma en Africa: Angola, que vende esclavos bantú y colmillos de elefante; Angola, proclama el sermón del padre Vieira, con cuya triste sangre y negras pero felices almas, el Brasil es nutrido, animado, sostenido, servido y preservado. Al filo de sus noventa años, este sacerdote jesuita sigue siendo el peor enemigo de la Inquisición, el abogado de los indios esclavizados y los judíos y el más porfiado acusador de los señores coloniales, que creen que el trabajo es cosa de bestias y escupen la mano que les da de comer.

1696
Regla

Virgen negra, diosa negra

A los muelles de Regla, parienta pobre de La Habana, llega la Virgen, y llega para quedarse. La talla de cedro ha venido desde Madrid, envuelta en un saco, en brazos de su devoto Pedro Aranda. Hoy, 8 de septiembre, está de fiesta este pueblito de artesanos y marinos, siempre oloroso a mariscos y a brea: come el pueblo manjares de carne y maíz y frijoles y yuca, platos cubanos, platos africanos, ecó, olelé, ecrú, quimbombó, fufú, mientras ríos de ron y terremotos de tambores dan la bienvenida a la Virgen negra, la negrita, patrona protectora de la bahía de La Habana. Se cubre la mar de cáscaras de coco y ramas de albahaca y un viento de voces canta, mientras cae la noche:

Opa ule, opa ule,
opa é, opa é,
opa, opa, Yemayá.

La Virgen negra de Regla es también la africana Yemayá, plateada diosa de los mares, madre de los peces y madre y amante de Shangó, el dios guerrero mujeriego y buscabronca.

1697
Cap Français

Ducasse

Escudos de oro contantes y sonantes, doblones, dobledoblones, oro del mandamás y del mandamenos, alhajas y vajillas de oro, oro de los cálices y las coronas de vírgenes y santos: han llegado llenas de oro las bodegas de los galeones de Jean–Baptiste Ducasse, gobernador de Haití y jefe de los filibusteros franceses en las Antillas. A cañonazos ha humillado Ducasse a Cartagena de Indias; ha hecho polvo las murallas–acantilados de la fortaleza, colosales leones de roca alzados sobre la mar, y ha dejado a la iglesia sin campana y sin anillos al gobernador.
Hacia Francia marcha el oro de la colonia española saqueada. Desde Versalles recibe Ducasse el título de almirante y una frondosa peluca de rulos de nieve, digna del rey.
Antes de ser gobernador de Haití y almirante de la marina real, Ducasse operaba por su cuenta, robando esclavos a los barcos negreros holandeses y tesoros a los galeones de la flota española. Desde 1691, trabaja para Luis XIV.

1699
Madrid

El Hechizado

Aunque no ha sido anunciada por el heraldo trompetero, por las calles de Madrid vuela la noticia. Los inquisidores han descubierto a la culpable del embrujo del rey Carlos. La hechicera Isabel será quemada viva en la Plaza Mayor.

Toda España rezaba por Carlos II. Al despertar, el monarca bebía su pócima de polvo de víbora, infalible para dar fuerzas, pero en vano: el pene seguía embobado, incapaz de hacer hijos, y por la boca del rey continuaban saliendo babas y aliento inmundo y ni una palabra que valiera la pena.

El maleficio no venía de cierta taza de chocolate con polvos de testículos de ahorcado, como habían dicho las brujas de Cangas, ni del propio talismán que el rey llevaba colgado al cuello, como creyó el exorcista fray Mauro. Hubo quien dijo que el monarca había sido hechizado por su madre, con tabaco de América o pastillas de benjuí; y hasta se rumoreó que el maestresala, el duque de Castellflorit, había servido a la mesa real un jamón mechado con uñas de mujer mora o judía quemada por la Inquisición.

Los inquisidores han encontrado, por fin, el revoltijo de agujas, horquillas, carozos de cereza y rubios cabellos de Su Majestad, que la hechicera Isabel había escondido cerquita de la alcoba real.

Cuelga la nariz, cuelga el labio, cuelga el mentón; pero ahora que el rey ha sido desembrujado, parece que los ojos se le han encendido un poquito. Un enano alza el cirio, para que contemple el retrato que hace años le pintó Carreño.

Mientras tanto, fuera de palacio faltan el pan y la carne, el pescado y el vino, como si fuera Madrid una ciudad sitiada.



1699
Macouba

Una demostración práctica

Para que trabajen con ganas sus esclavos en esta tierra de sopores y lentitudes, el padre Jean–Baptiste Labat les cuenta que él era negro antes de venir a la Martinica, y que Dios lo volvió blanco en recompensa por el fervor y la sumisión con que había servido a sus amos en Francia.
Está el carpintero negro de la iglesia intentando tallar en una viga la espiga de una ensambladura difícil, y no acierta el sesgo. El padre Labat traza unas líneas con regla y compás y ordena:
–Corta ahí.
El corte es exacto.
–Ahora le creo –dice su esclavo, mirándolo a los ojos–. No hay hombre blanco que pueda hacer eso.

1700
Ouro Preto

Todo el Brasil hacia el sur

En los viejos días, los mapas mostraban a Bahía cerquita de las recién descubiertas minas de Potosí, y el gobernador general informaba a Lisboa que esta tierra del Brasil y la del Perú son todo una. Para convertir a las montañas de Paranapiacaba en cordillera de los Andes, los portugueses llevaron a San Pablo doscientas llamas y se sentaron a esperar que brotaran la plata y el oro.
Un siglo y medio después, el oro ha llegado. Están llenos de piedras refulgentes los lechos de los ríos y los arroyos, en los flancos de la serra do Espinhaço. Encontraron el oro los mamelucos de San Pablo, cuando andaban en plena cacería de indios cataguazes.
El viento desparramó la noticia por todo Brasil, llamando multitudes: para conseguir oro en la región de Minas Gerais, basta con recoger un puñado de arena o arrancar un manojo de hierba y sacudirlo.
Con el oro ha llegado el hambre. Por un gato o un perro pagan en los campamentos 115 gramos de oro, que es lo que un esclavo recoge en dos días de trabajo.

1700
Isla de Santo Tomás

El que hace hablar a las cosas

Lúgubres campanas y melancólicos tambores están sonando en esta islita danesa de las Antillas, centro de contrabando y piratería: un esclavo camina hacia el quemadero. Vanbel, el mandamás, lo ha condenado porque este negro desata la lluvia cuando se le ocurre, hincándose ante tres naranjas, y porque tiene un ídolo de barro que le contesta todas las preguntas y lo salva de todas las dudas.

Marcha el condenado con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos clavados en el poste rodeado de leña. Vanbel le sale al cruce:

–¡Ya no harás hablar a tu monigote de barro, negro brujo!

Sin mirarlo, contesta el esclavo suavemente:

–Puedo hacer hablar a ese bastón.

–¡Deténganse! –grita Vanbel a los guardias–. ¡Desátenlo!

Y ante la muchedumbre que espera, le arroja su bastón.

–Sea –dice.

El negro se arrodilla, abanica con las manos el bastón clavado en tierra, da unas vueltas alrededor, vuelve a arrodillarse y lo acaricia.

–Quiero saber –dice el amo– si ha partido ya el galeón que debe venir. Cuándo llegará, quiénes viajan, qué ha ocurrido...

El esclavo retrocede unos pasos.

–Acérquese, señor –propone–. El dirá.

Con el oído pegado al bastón, escucha Vanbel que el navío ha partido hace tiempo del puerto de Helsingør, en Dinamarca, pero que al llegar al trópico una tempestad le rompió la gavia pequeña y se llevó la vela de mesana. El pescuezón de Vanbel tiembla como buche de sapo. El público lo ve palidecer.

–No oigo nada –dice Vanbel, mientras el bastón le va dando los nombres del capitán y los marineros.

–¡Nada! –chilla.

El bastón le secretea: El barco llegará dentro de tres días. Te alegrará su carga, y Vanbel estalla, se arranca la peluca, vocifera:

–¡Quemen a ese negro!

Ruge:

–¡Que lo quemen!

Aúlla:

–¡Quemen a ese brujo!

Canto del fuego, del pueblo bantú

Fuego que contemplan los hombres en la noche,
en la noche profunda.
Fuego que ardes sin quemar, que brillas
sin arder.
Fuego que vuelas sin cuerpo.
Fuego sin corazón, que no conoces
hogar ni tienes choza.
Fuego transparente de palmeras:
un hombre te invoca sin miedo.
Fuego de los hechiceros, tu padre, ¿dónde está?
Tu madre, ¿dónde está?
¿Quién te ha alimentado?
Eres tu padre, eres tu madre.
Pasas y no dejas rastros.
La leña seca no te engendra,
no tienes por hijas a las cenizas.
Mueres y no mueres.
El alma errante se transforma en ti, y nadie
lo sabe.
Fuego de los hechiceros, Espíritu
de las aguas inferiores y los aires superiores.
Fuego que brillas, luciérnaga que iluminas
el pantano.
Pájaro sin alas, cosa sin cuerpo, Espíritu
de la Fuerza del Fuego.
Escucha mi voz:
un hombre te invoca
sin miedo.



1700
Madrid

Penumbra de otoño

Nunca pudo vestirse solo, ni leer de corrido, ni pararse por su cuenta. A los cuarenta años, es un viejito sin herederos, que agoniza rodeado de confesores, exorcistas, cortesanos y embajadores que disputan el trono.

Los médicos, vencidos, le han quitado de encima las palomas recién muertas y las entrañas de cordero. Las sanguijuelas ya no cubren su cuerpo. No le dan de beber aguardiente ni el agua de la vida traída de Málaga, porque sólo resta esperar la convulsión que lo arrancará del mundo. A la luz de los hachones, un Cristo ensangrentado asiste, desde la cabecera de la cama, a la ceremonia final. El cardenal salpica agua bendita con el hisopo. La alcoba huele a cera, a incienso, a mugre. El viento golpea los postigos del palacio, mal atados con cordeles.

Lo llevarán al pudridero de El Escorial, donde lo espera, desde hace años, la urna de mármol que lleva su nombre. Ese era su viaje preferido, pero hace tiempo que no visita su propia tumba ni asoma la nariz a la calle. Está Madrid lleno de baches y basuras y vagabundos armados; y los soldados, que malviven de la sopa boba de los conventos, no se molestan en defender al rey. Las últimas veces que se atrevió a salir, las lavanderas del Manzanares y los muchachos de la calle persiguieron el carruaje y lo acribillaron a insultos y pedradas.

Carlos II, rojos los ojos saltones, tiembla y delira. El es un pedacito de carne amarilla que huye entre las sábanas, mientras huye también el siglo y acaba, así, la dinastía que hizo la conquista de América.

Fin del primer volumen de *Memoria del fuego*

